

Me acuerdo de su pelo con desgaire
sobre la frente de marfil y raso;
y de su gentileza y del donaire
de su menudo y hechicero paso.....

Es más bella que todo lo que existe.....
Me decía palabras de ternura:
y desde entonces me quedé tan triste
y desde entonces es mi vida oscura.

La iluminaron solo aquel momento
sus ojos verdes, igneos, llameantes.....
Luego tornó el vivir triste y sangriento
tan sucio y tan monótono como antes.

No os puedo amar, mujeres que en la calle
me mirásteis á veces con amor.....
Me acuerdo siempre de su esbelto talle
y gimo de impotencia y de dolor.

Andrés GONZÁLEZ-BLANCO.

Madrid 8 XII-907.



EL MANUSCRITO DE FLORIAN

(Capítulo I de un libro inédito, así titulado.)

No era yo viejo cuando volví de América, pero lo mejor de mis abrilos atrás quedaba, mal empleado en locas peregrinaciones por tierras diferentes.

Trafá del nuevo Mundo caudal de tristezas, menguada salud y hartura del vivir ciudadano. Por eso acordé restaurar el añoso caseron que un mi antepasado levantara en agreste paraje, cerca de un río.

«Llégate á la aldea—tonía yo escrito á mi hermano—y procura inspeccionar la casa para decirme cuáles reparos necesita. Sospecho que abundará en goteras y no en cristales, viniendo así á favorecer la saña de vientos y lluvias; en fin, tú, mejor que nadie, conoces mi feudo; arréglale como te plazca, seguro de que, hagas lo que hiciéres, de mi crítica no has de librarte.» Pero aquel opimo varón—Dios lo tenga á su diestra,—operó maravillas; y un verdadero himno brotó de mis labios en alabanza suya, visitado que hubo salas y alcobas, pajares y huerto, á poco de mi instauración en la grave morada.

Recuerdo bien el viaje á la aldea. Hicimoslo en coche, por mejor penetrarnos del paisaje repetidamente añorado en mis andanzas por yermas regiones. Una luz de amable tibieza, luz de sol montañés primaveral, caía sobre los maizales recién sembrados; complacíase en bruñir las someras aguas de un arroyo sin voz ni espumas, y piadosa templaba la soledad de un camposanto humilde, pródigo en helechos.

Oímos la ronca sirona de un buque, y ese rumor fué el único de la mar. Llegado, que aquella mañana, la brava costa, envidiando la paz de tierra y firmamento, cambió en mansedumbre de lago sus iras habituales.